

¿Tiene usted ya  
el lujoso

# Almanaque

de

La Novela Semanal  
Cinematográfica

con el que se regala  
un estupendo

## ALBUM

(cubiertas de cartón y papel tela)

para coleccionar las  
postales del año 1924?

¡EXITO MUY JUSTIFICADO!

SE VENDE EN TODA  
ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOCRÁFICA

N.º 139

50 cts.



La mujer  
más bonita  
del mundo

por

Lee Parry

Filmoteca  
de Catalunya

NÚMERO EXTRAORDINARIO

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Vía Layetana, 12  
Administración } Teléfono, 4423 A  
BARCELONA

AÑO IV

N.º 139

### La mujer más bonita del mundo

(DIE SCHÖNSTE FRAU DER WELT, 1924)

Extraordinaria producción cinematográfica llena de  
interés y sentimiento, interpretada por la exquisita  
«estrella» LEE PARRY

**EICHBERG FILM**

Consortio

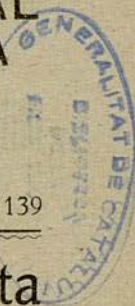
**EMELKA INTERNACIONAL**

Exclusivas

**ERNESTO GONZÁLEZ**  
MADRID

Representante para Cataluña y Baleares  
**INTERNACIONAL FILMS**  
Calle Valencia, 278 - Principal. — BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
LEE PARRY



Prohibida la reproducción

Revisado por la censura militar



## LA MUJER MÁS BONITA DEL MUNDO

---

Argumento de la película de dicho título

---

### EL CARNAVAL EN ROMA

He aquí la fiesta pagana de amor y de alegría. En ella Momo maneja a su placer a los hombres —muñecos al fin—, sujetos por hilos invisibles a las pasiones turbulentas del mundo y de la carne.

Mario Sario, artista pintor y bohemio de corazón, vive toda una vida durante la fugaz existencia del dios del Carnaval.

Una tarde, el banquero londinense Enrique Garrick y su hijo Baby, temporalmente en la cesárea ciudad como todos los años en esa época, ven a Mario, a quien conocen.

El bohemio los saluda desde lejos, pues el cerco en que le ha puesto una banda de máscaras le impide, al momento, acercarse a sus amigos.

Una dama acompaña a éstos en el landó en que pasean. Es la señorita Lillian Mervil. Distinguida, elegante, muy atractiva. Aunque su sola mi-

sión sea el cuidado del pequeño Baby, aspira a llamarse algún día señora de Garrick.

No le desagrada Lillian al banquero, y como la edad de éste no excede de los cuarenta, no fuera de extrañar que decidiese contraer segundas nupcias.

Pero Mario y Lillian se conocen, y sus almas jóvenes gozan a cada nuevo encuentro. Se aman en secreto desde tiempo.

Enrique ignora ese detalle y cuando Mario consigue llegar hasta su coche para estrecharle la mano, lo presenta a Lillian.

—Señorita; el señor Sarlo, el conocido pintor de niños, cuyos cuadros son verdaderamente admirables.

Mario inclinase ante Lillian, y el deseo de murmurarle—algún día—dulces palabras al oído, adquire forma de necesidad.

Porque hasta ahora su mutuo afecto ha sido callado.

Más tarde, Mario desarrolla una vez más sus especiales aptitudes como pintor de la infancia, reproduciendo en un papel, al carbón, a Baby.

Mientras, Enrique y Lillian pasean por el espléndido jardín de su regia quinta.

Sin que le espere nadie, llega a la casa un apuesto joven, que se hace anunciar a Enrique en el acto.

—Dígale al señor que desea verle su primo Federico Holme, el redactor jefe del *London News*

El banquero recibe una alegría al enterarse de que este pariente suyo está en Roma.

—¡Federico! ¡Tú por aquí! ¡Qué sorpresa más agradable! Pasa, pasa. Estamos todos en el jardín.

Federico y Lillian se saludan, y en seguida explica aquél el motivo de su viaje.

—He recorrido toda Europa a fin de que las mujeres más lindas tomen parte en el concurso internacional de belleza, que mi periódico ha organizado. Roma es el punto final de mi misión.

Lillian fija sus hermosos ojos en Federico, como si deseara abrir los suyos para que reparase en que ella no era fea...

—Aquí encontrarás bellas mujeres—dice el banquero a su primo.

—No es precisamente la belleza propiamente dicha lo que necesito, porque la belleza absoluta no es más que una fantasía. La mujer más bonita es siempre la que sabe agradar más a los hombres—responde Federico.

Lillian se sonríe...

Enrique se muestra galante con ella, recomendándola a su primo.

—Entonces la señorita Lillian Mervil está en excelentes condiciones para aspirar al premio.

—Si usted accede a que yo la presente en el concurso, con verdadero placer lo haré.

Mario lo ha oído todo, aunque ocupado en dibujar al pequeño Baby, y desde donde se halla en tal operación, se inmiscuye en el asunto de los demás.

—Señor Garrick, les aconsejo que vayan esta

noche al baile de los artistas. Allí encontrarán ustedes las muchachas más hermosas de Roma.

—Cierto—afirma el banquero—. Podremos ir allí, Federico.

—Encantado. Anunciaré el concurso, y de este modo podré hacer la elección de las dos mujeres restantes que en la solemne fiesta de Londres representarán a la belleza femenina de Italia, pues son tres de una misma nación las que pueden aspirar al premio, pero como la señorita Lillian será una de ellas, por lo que respecta a este país...

—Muchas gracias, señor... No creo merecer tal distinción...

En el corazón de Mario brotaron unos celos injustificados hacia Federico. ¿Por qué? El mismo no lo sabía; pero no ignoraba que los celos cuando surgen son hijos de una pasión.

Como el periodista y Lillian pasean por el jardín, con el banquero, y no puede oírles más, se levanta del velador convertido en mesa de trabajo, y espía con misterio a los dos primeros.

Entretanto, Baby, se divierte destrozando el dibujo de sí mismo, y, a su regreso, Mario vio añadirse al sufrimiento de su espíritu de enamorado, el de su orgullo de artista.

Por fortuna, gracias a su temperamento jovial, el pintor mandó al diablo sus penas, y renacía en su corazón la esperanza.

¿Acaso Lillian le había revelado con un gesto cualquiera que sólo era a él a quien quería?

No es probable que eso fuera, pero la verdad

era que Mario tenía dos invitaciones para el baile de los artistas, y que Lillian asistiría a él.

Más alegre que un cascabel llegó Mario a su casa, de cuyo cuidado se encargaba Lucía, su hermana, quien, educada como él en un ambiente artístico, había convertido en lucrativa profesión lo que en un principio era sólo una habilidad: la confección y pintura de muñecos.

—¡Alegría! ¡Alegría! Se acabó el trabajo por hoy. Tengo dos invitaciones para el baile de los artistas... y en él se va a elegir la mujer más bonita de Roma.

—¡Oh, qué suerte! Lo último nada me importa. Lo que yo quiero es bailar.

—Lo malo es que... mis bolsillos están vacíos.

—No te apures. Estamos a 27, pero con el importe de los muñecos tendremos hasta para ir en auto.

—¡Bravo! Tú eres mi salvación.

El baile de los artistas era un derroche de magnificencia. Ni el gusto ni el oro se habían regateado. Y el buen humor... ¡paña qué hablar de él en una fiesta en la que interviene la bohemia!

Conforme a la indicación hecha por Mario, los primeros en acudir al baile fueron Lillian y Enrique. Federico llegaría más tarde, pues tenía que preparar originalmente el anuncio del concurso de hermosura.

Lillian y el banquero ocupan un palco. Aquella está bellísima ataviada con vistoso traje de máscara.

Lucía y Mario se visten para ir a pasar una noche agradable.

Lucía no tiene disfraz; mas no importa. Con cualquier cosa estará bien. Mario le promete que su belleza ha de llamar la atención de Federico. Y combina con ella un traje sencillísimo y



*—Lo malo es que mis bolsillos... están vacíos.*

encantador.

—Hermanito, hemos tenido una buena idea, voy de rigurosa etiqueta.

—¡Chica, cuántos corazones vas a robar!

—¡Cállate, burlón!

—Anda, mírate en el espejo, y a ver si te dice que puede haber una muchacha más agradable

que tú, más buena y con un disfraz más delicado que el tuyo.

—La verdad es que... no me encuentro mal...

—Cuidado con los atrevidos, porque tu espal-



*Lucía se ríe... ¡Tiene veinte primaveras... y su corazón no pertenece aún a nadie más que en sueños!*

da invita a hacerte cosquillas.

Lucía se ríe. Le agrada que Mario elogie su belleza, aunque se resiste a creer que es guapa.

¡Tiene veinte primaveras... y su corazón no pertenece aún a nadie más que en sueños!

Hablemos un poco de su disfraz.

Un vestido rayado verticalmente cubre su cuerpo muy ceñido a él. Sus gracias se ponen primorosamente en relieve. Desde la cintura hasta el cuello, la ropa escasea. La espalda está completamente al descubierto. Un triángulo isósceles, cuyo vértice se sujeta en el cuello por medio de una cinta en cuyo centro hay un lazo de corbata negra, oculta gentilmente los senos. Es un disfraz atrevido, pero concebido con arte y buen gusto. Un sombrero de copa, un par de guantes y un bastón—todo ello con adornos—, rematan la indumentaria carnavalesca.

Federico se presenta en la fiesta, y como la nueva del concurso ha corrido de unos a otros, y se sabe que él es el representante del periódico organizador, numerosas mujeres le rodean, todas ellas con anhelos de victoria.

—¿Sirvo yo?

—¿Y yo?

—¿Y yo?

—¿Se ha fijado usted bien en mí?

—¿Es usted quien nos eligirá?

—Yo no, el jurado decidirá. Las tres que a su juicio parezcan más guapas, serán enviadas al concurso de Londres.

Poco después, Lucía asoma su cabecita inquieta y dorada a la fiesta. Mario quería que la aparición de su hermana en el baile llamase poderosamente la atención, y lo ha conseguido apresan-

do a Lucía en las vueltas de un cortinaje, arrancando éste de sus anillas, y empujando luego—con las debidas precauciones—a la original máscara al centro del salón. Lucía gatea hasta librarse del cortinaje y todos los rostros se vuelven hacia ella cuando se pone en pie.

—¡Es una original presentación! ¿Quién será esa linda locuela?—dice Enrique Garrick a Lillian, no apartando su vista de Lucía.

Lillian, egoísta, da escasa importancia a la máscara. Ignora que Lucía sea la hermana de Mario.

Empieza el baile. Reina la alegría.

En medio de la fiesta, unos soldados femeninos disparan un cañón y vuelan sobre todas las cabezas discos-avances del concurso del periódico inglés. Dicen aquéllos:

— GRAN CONCURSO INTERNACIONAL DE BELLEZA, organizado por el LONDON NEWS. *¿Quién es la mujer más bonita del mundo?*

*Las señoritas que aspiren al premio de 10.000 libras, preséntense en el escenario.*

Lillian, estimulada por su vanidad y por el banquero, se suma a las candidatas a la elección.

Pero Federico advierte la ausencia de la mujer más bonita que han visto sus ojos.

Esa mujer es Lucía. ¿Dónde está?

Por casualidad, la hermana de Mario se pone al alcance de las miradas de Federico, y éste,

conteniendo su entusiasmo por el hallazgo de tan peregrina hermosura, la llama.

—;Señorita! Si, usted, la del traje rayado...  
¿Por qué no acude al concurso?



*Lucía se resiste. Mas Federico, dispuesto a no dejar escapar tan raro ejemplar de belleza...*

—¿Yo??

—Sí... puede probar...

*Lucía se resiste. Mas Federico, dispuesto a no dejar escapar tan raro ejemplar de belleza feme-*

nina, se apodera de aquélla y la lleva al escenario.

Lilian reprime—aunque mal—sus celos, y las demás mujeres, que tienen la sinceridad para consigo de reconocer que Lucía las vencerá a todas, la toman con ella y le hacen blanco de sus burlas.

—;Quítate esos rizos postizos, y parecerás más guapa! La belleza ha de ser natural.

Y Lucía va de unas mujeres a otras. Acosada por sus enojadas rivales, se cae en el salón, ayudándola a levantarse Federico.

En vista de la envidia que consume a sus rivales, Lucía cree prudente marcharse a su casa, y se aísla por un momento con Federico en un pasillo. Pero sus rivales siguen burlándose detrás de una puerta de cristales, porque Lucía, ignorándolo, enseñaba—vuelta de espaldas a ellas—las piernas a través de su vestido y pantalón desgarrados por efecto de la caída. Los hombres acuden curiosos a recrear sus ojos ávidos de ocasiones...

Federico cubre a Lucía con el disfraz de dominó que él llevaba, y al punto de salir ella del baile, le dice:

—Señorita, permítame que la acompañe.

Y, al pie de su domicilio:

—Señorita, mañana por la tarde pasaré yo mismo, si usted me lo permite, a recoger mi disfraz... en caso de que no prefiera conservarlo como recuerdo de este día.

—Hasta mañana, caballero...

Por su parte, Mario hablaba a solas con Lilian.



—Si es verdad que usted me estima, ¿por qué me lleva a la desesperación coqueteando con el señor Garrick?

—Para que tú me quieras más. ¿No lo comprendes?

—¡Oh, Lillian! Me tienes loco...



*... porque Lucía, ignorándolo, enseñaba las piernas...*

La coqueta acercó sus labios tentadores a los de Mario, y, cegado por tanta dicha, el bohemio alegre y sentimental gustó en ellos la miel del amor...

El resto de la fiesta, Mario lo pasó en el palco del banquero, para gozar cerca de la amada....

Aquella noche, Lucía no pudo conciliar fácilmente el sueño. ¡Había sido tan agitada su aventura! Y, además, las miradas de Federico decían tanto...

## II

### MIÉRCOLES DE CENIZA

Lucía espera con afán la hora de la llegada de Federico.

Mario se ha levantado de la cama a la hora de comer, y se ha acostado de nuevo, pues le duele la cabeza una barbaridad. El atribuye esta calamidad a que ha visto un gato negro después de una noche de insomnio. Y eso que, así lo dice él, no es supersticioso.

En cambio, Lucía no siente el menor cansancio. Como a cualquier mujercita hacendosa, esa noche de baile no suponía más que un paréntesis de alegría en su tarea cotidiana.

Con su pensamiento puesto en la visita de Federico, la muchacha prepara una modesta merienda a base de té con leche y un pastel.

Antes de la hora que ella previera, y cuando más preocupada estaba, Lucía ve que la puerta de su piso se abre para dar paso al periodista y al banquero.

Lucía no tiene tiempo de arreglarse, y recibe a los visitantes como mejor sabe dentro de su encantadora naturalidad.

Federico preséntale a su primo.

—El señor Garrick, admirador del arte de su hermano, viene conmigo para ver el estudio.

Este es el pretexto ideado, mas no el motivo real que ha impulsado al banquero a volver a ver a Lucía...

Mario, teniéndose la cabeza con ambas manos,



*El resto de la fiesta, Mario lo pasó en el palco del banquero para gozar cerca de la amada...*

entra — procedente de su cuarto estudio, algo parecido a un campo de Agramante—en el comedor, ajeno a la sorpresa que recibe al ver al banquero con Federico.

—Dispénseme ustedes si me presento con este

turbante en mi pobre cabeza. No sabía que estaban aquí.

—Por nosotros, no se lo quite usted, Mario—dícele Enrique.

Pero Mario se lo quita, para no parecer tan moro, sino más *civilizado*.

Lucía pone tres tazas en la mesa para servir el te a los visitantes, destinándose la tercera taza.

Mario protesta, porque también se considera de este mundo y cree que un poco de café sin azúcar le sentará al pelo. El no es partidario de la bebida china.

Lucía corta con la realidad la queja de su hermano:

—Mario, ¿cómo quieres que saque otra taza si no tenemos más que tres?

—¡Plancha, chica! Pero los señores sabrán dispensarme y comprenderán que como nosotros no somos más que dos, con tres tazas sobra una...

Enrique y Federico se sonríen de buena gana. El segundo dice luego a Lucía:

—Su ingenua desenvoltura merece la atención de una agradable sorpresa. Voy por ella y en seguida vuelvo.

Durante la ausencia de Federico, Lucía, su hermano y Enrique conversan acerca de lo lucida que resultó la velada del día anterior.

De súbito un olor a leche quemada hace exclamar a Lucía:

—¡Buena la hemos hecho!

Y se precipita a la cocina, para salvar los restos de la catástrofe.

Se quema al quitar el cazo del fuego y se vacía la poca leche que quedaba en él.

Enrique sopla con su aliento la quemadura de la deliciosa mujer de hogar, y a Lucía se le artoja que el aire que fluye de los labios del banquero calma el ardor de su herida y aviva su ansia de amor. Deseaba la caricia de un hombre... pero ¿era éste Enrique?

Federico regresa breves minutos después. Trae un paquete consigo. Lo desenvuelve y ofrece a Lucía su contenido.

—Ya tiene usted cuatro tazas. No hay pretexto para que los cuatro no disfrutemos de los placeres de su atenta invitación.

Lucía agradece en el alma el regalo y encarga a Mario que mueva el café mientras se calienta el agua y ella hace los honores de la casa a sus visitas.

El pintor se aferra al molinillo en la cocina, y dale que dale al grano. A la par que hace esta operación, se come golosamente el pastel reservado para acompañar el te. Descartado el te, el dulce está de más... y él aprovecha la ocasión.

En tanto, en el comedor, ¡qué deliciosos momentos transcurrían! ¡Era Lucía tan encantadora! ¡Se reía con tanta simpatía!

Mario—agotado o poco menos, el pastel—sirve el café en las tazas regaladas a Lucía por Federico—muy finas y monas, según la muchacha.

Y la visita tocó a su fin... sintiéndolo de veras los dos visitantes y Lucía.

Paseando por las cercanías del Circo Romano,

aquéllos se detienen como para contemplar las bellezas históricas que en él se encierran, pero el banquero da preferencia a un asunto íntimo.

—Creo, querido Federico, que me han robado el corazón.

—¡Ah! Adivino que son los ojos de la señorita



*Mario sirve el café...*

Lilian los que realizaron el delito. Sabe jugarlos con extraña habilidad.

—No, no es Lilian la culpable... Esta es Lucía...

—¿Lucía?...

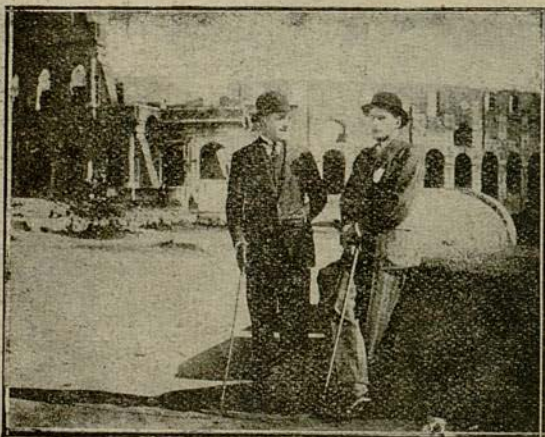
Federico simula que la noticia merece sus plácemes, pues interiormente le causa pesar, y se limita a comentar:

—Lucía es una criatura divina, encantadora...

—Sí, ¿verdad?

—Toda bondad...

—En su modesta sociedad es verdaderamente deliciosa. Pero ¿quién responde de que si se la cambia de ambiente, esa mujer no pierda sus atrac-



—No, no es Lillian la culpable... Esta es Lucía...

—¿Lucía?...

tivos?

—Invítala a tus reuniones. Seguro estoy de que con su gracia ingenua dominará la estudiada simpatía de las señoras de gran mundo.

—Tienes razón, Federico; lo haré.

Pocos días bastaron para que la amistad en-

tre Lucía, Federico y Enrique se estrechase. Baby fué quien con sus caricias infantiles realizó el milagro. En varias ocasiones, Lucía frecuentó la casa del banquero, pero una tarde, la proposición de Federico tuvo realidad: Enrique invitó a Lucía a una de las reuniones con que obsequiaba a sus amistades.

Lillian, celosa, quiere poner en ridículo a su rival, y le sale al paso cuando ésta llega a la casa vestida modestamente, pero con finura.

—Está usted encantadora, Lucía, pero... este peinado no es el más a propósito para alternar en sociedad. Si usted me lo permite, yo se lo modificaré con mucho gusto.

Lucía deja hacer a la que finge ser su amiga, y su cabeza, cuando Lillian la deja en paz, es propia de una solterona de cincuenta para arriba.

Así lo reconocen Federico y Enrique al presentarse Lucía en el salón.

Pero el diablillo revoltoso de Baby se echa al cuello de ella, y se encarga de destejer y de mostrar en toda su belleza la madeja ideal de hilos de oro que realza sin artificio la belleza sin par del rostro de Lucía.

Los dos parientes aplauden para sus adentros el acierto del niño; todo lo contrario de Lillian, ante quien Lucía se disculpa:

—Lillian, siento que su trabajo haya quedado deshecho, pero no fui yo la culpable.

Lillian hace como si no le diera importancia al hecho, pero de estar Lucía dentro de ella hubiera

comprendido cuán alerta debía andar respecto a su falsa amistad.

Lucía, como varias veces, acuesta a Baby, que se lo había pedido, y como ella daba preferencia a los pueriles deseos del amiguito, se sienta al piano para dormirle al dulce son de las romanzas que sabe tocar, posponiendo a ello toda etiqueta social.

Como la caja musical se halla en la habitación inmediata al salón donde están reunidos los invitados, éstos y Federico y Enrique la escuchan en religioso silencio.

—Federico, la quiero... ¡es tan bonita y tan sencilla! ¡Cuán dichoso sería si ella quisiera ser mi esposa!—susurra Enrique a su primo, bajo la influencia de la música.

Federico se calla y cierra los ojos como para soñar mejor...

Lilian, atenta sólo a derribar a Lucía, se acerca al banquero y le advierte:

—Considero este momento muy interesante, pero tenga usted en cuenta, señor Garrick, que ha abandonado usted a sus invitados para oír mejor a la señorita Lucía...

Enrique no ve la intención de Lilian, sino que, al contrario, comprende que su aviso es oportuno.

A poco, hablando con Lilian, el banquero le dice:

—Dentro de pocos días saldremos de estas luminosas tierras, y las nieblas de Londres nos envolverán de nuevo...

Y la interesada mujer confía que en Inglaterra,

conseguirá lo que desde que es institutriz de su hijito ambiciona del banquero.

Por su lado, Federico habla a solas con Lucía junto al piano.

Ella le mira con inefable dulzura.

El está indeciso...

—¡Qué feliz tiene que ser el hombre a quien usted entregue su corazón, Lucía!—arriégase al fin a decirle.

—¿Usted cree que yo puedo hacer dichoso a alguien?—pregunta ella con candor.

—Hay quien está muy enamorado de usted...

—Señor Holme, no se burle usted de mí...

—Es la pura verdad, Lucía... Su enamorado es alguien a quien conozco igual que a mí mismo...

—¿Su nombre?...

Federico se sobrepone a su emoción. Sus ojos dicen lo que siente su alma; mas sus labios, por respeto a otro sentimiento, truecan una personalidad.

—... Enrique Garrick—responde Federico—. Sí, el banquero, el padre de Baby... Yo sé que...

—Se lo suplico... No siga usted hablando de esto...

El periodista obedece.

Y Lucía, que ya no le mira a los ojos, sufre una amarga decepción...

Unos días después, Enrique celebra una entrevista con su primo en su casa.

—Federico, yo tengo que marcharme mañana con Lilian y el niño hacia Londres, porque hago escala en Florencia. Tú acompañarás a Lucía has-

ta Inglaterra. Sólo a ti te la confío. Ya en Londres, preguntaré a Lucía si quiere ser mi esposa... Aceptas, ¿no es verdad, Federico?

—... Acepto, Enrique.

### III

#### LOS ALPES

Lucía estaba malhumorada con su próximo viaje. Elegida como una de las bellezas de Roma, no dudaba que el final de aquella aventura era Londres.

Mario, por dos razones—una de ellas seguir a Lillian, a quien quería cada día más, y la otra presenciar el Concurso en que debía tomar parte su hermana—, también iría a Londres.

—La ciudad de la niebla nos acogerá dentro de pocos días. ¡Tú en el expreso y yo en el mixto! Allí nos encontraremos—le dice a Lucía muy contento.

—Pues yo no me voy a Londres ¡ea!—se opone Lucía.

Pero en este momento llega Federico a anunciar a la hermana de Mario lo siguiente:

—Señorita Sarlo; como reina de la belleza de Roma, concurrirá usted al concurso de Londres. Yo soy el encargado de conducirla a usted personalmente... El tiempo apremia ya, y esta tarde debemos partir.

—Lo extraordinario del caso es que no quiere ir—dice Mario al periodista disgustado,

Sin embargo, aquel "personalmente" de Federico levanta un castillo de ilusiones en el corazón ya propicio de Lucía, y ésta niega sea verdad lo que acaba de manifestar Mario.

—Entonces, ¿tendremos que viajar mucho tiempo juntos, señor Holme?... ¡Ver tierras nuevas es mi mayor alegría!

—El viaje le gustará mucho, señorita. Estoy seguro de ello.

Mario, asombrado por el cambio de decisión de Lucía, no puede por menos de exclamar:

—¡Que sí!... ¡Que no!... ¡Cualquiera entiende a las mujeres!...

Lucía le pone una de sus lindas manos en los labios, obligándole a callar.

Y, con gran entusiasmo, la reina de la belleza de Roma, parte, aquella misma tarde, con Federico, en pos de la gloria... tal como ella la concibe...

Nada tan efímero como el paso de un tren; y sin embargo, ¡cuántas eternas desventuras o ilusiones transporta en su seno!

Al anoecer, empezó a cambiar la fisonomía del paisaje. A medida que el tren se internaba en la montaña iba la nieve purificando la tierra.

Lucía no podía ser más feliz de lo que se sentía al lado de Federico. Si cierto era que el periodista londinense la amaba con intensa pasión, no lo era menos que Lucía ansiaba oírle pronunciar las dos incomparables palabras *Te amo*.

En la noche, por efecto de la nieve acumulada en

la vía, el tren no pudo seguir adelante. El jefe del mismo avisó a los viajeros, de vagón en vagón.

—Tenemos que detenernos hasta que nos den paso. La vía está interceptada por una avalancha de nieve.

Temerosos de que a causa del contratiempo lleguen ellos tarde a Londres, pues el tiempo necesario para descongestionar la vía no podía precisarse aunque se suponía bastante largo, Federico y Lucía se apearon del tren.

Bajo la indicación del jefe del mismo y tras no pequeña jornada, hallaron al fin hospitalario acobijo, nuestros viajeros, en la sencilla hostería de un pueblo comarcano.

Federico sale solo al pueblo en busca de un medio rápido de transporte al otro lado de la montaña para alcanzar un tren en una estación de distinta línea.

Encuentra un auto propiedad de un financiero inglés, quien, junto con el chófer, lo pone a disposición de su compatriota.

Y el castillo de naipes, que horas antes forjara Lucía en su humilde casita de Roma, se iba convirtiendo en una sólida fortaleza donde hacer inexpugnable la dicha.

Ya en el automóvil, Federico dice a Lucía:

—Hemos salido ventajosos con el incidente. Gracias a él ganaremos un día de jornada y podremos estar en Londres dos antes del concurso.

Mas también el auto, unas horas después de rodar por la nieve, se ve imposibilitado de continuar el camino. Las ruedas quedan presas en el

surco; y se hace imprescindible el deshielo para librar el coche.

El chófer expone la situación a los viajeros.

—Faltan tres horas para que amanezca. Pueden ustedes refugiarse en aquella cabaña, mientras yo abro ruta al coche, y el sol nos descubre



*Federico y Lucía se apearon del tren.*

el sendero que hemos de seguir.

Federico conduce a Lucía a la citada cabaña—inhabitada en aquella época del año—y apenas en ella, Lucía alumbra y calienta el hogar.

Contrasta con la preocupación de Federico el buen humor de Lucía. Esta se resigna a los juegos del destino con rostro sonriente.

Como Federico parece pedirle perdón por las incomodidades por que ha de pasar, Lucía profiere:

—Un viaje sin incidentes, es un viaje vulgar. Confesemos, señor Holme, que todo esto es muy divertido.



—Pueden ustedes refugiarse en aquella cabaña...

—Hasta en este caso se muestra usted bondadosa, Lucía. Es usted un ángel.

—Nadie es culpable del retraso que podamos sufrir. Por mi parte, he de confesarle que no me seduce ese concurso. A mí me es igual llegar tarde.

—No, Lucía... Usted debe presentarse... y yo debo también llegar antes de que se celebre,

—Pero ¿es que usted cree que voy a ganar el premio?

—Cuanto más la voy conociendo, Lucía, más convencido estoy de que es usted la mujer más bonita del mundo.

—Si me repite usted esto otra vez, voy a ponerme orgullosa y pierdo los pocos encantos que usted cree ver en mí.

—No es posible que usted cambie.

—No se fie usted mucho.

—¿No se quita el abrigo?

—Es verdad. Olvidaba que hemos tomado posesión de nuestra casa. Y digo *nuestra* porque la casualidad nos la ha deparado a los dos por igual.

El amita de casa, hacendosa y diligente, surgió en Lucía. Federico, en tanto, estudiaba en la Guía de Ferrocarriles el modo de ganar el tiempo perdido, y el modo de perder el tiempo para no llegar a olvidarse de la palabra dada a su primo Enrique.

Lucía preparaba una sorpresa a Federico.

De su maletín de viaje saca un paquete que contiene ¡nada menos que una taza de las que Federico le regalara!, calienta un poco de café, y llena de él dicha taza. Curiosa por saber el efecto que le producirá al periodista ver, lejos de Roma, esa taza, se acerca a él con ella en una mano, y la deposita encima de la rústica mesa.

—Aquí tiene el café, señor mío—le dice.

Entregado a su estudio, Federico coge la taza como un autómata, pero al verla y reconocerla, se levanta, mira a Lucía, que cree llegado el mo-



mento de la realización de su sueño, posa sus manos en los brazos de la enamorada mujer, y, sugestionado por la revelación que se le antoja el hecho de llevar consigo Lucía ese insignificante objeto suyo, la habría estrechado con pasión contra su pecho, de no haber detenido su sincero in-



*Lucía preparaba una sorpresa a Federico.*

pulso el recuerdo del amor que Enrique sentía por la divina mujer.

Anonadado por la obligación de ser fiel a la palabra dada al pariente y amigo, Federico se separa de Lucía con brusco pretexto.

—¡Perdóneme!... El chófer me espera... El solo no puede, y no es justo...

Tras esto, desaparece de la cabaña para reunirse con el aludido, quien no acepta de ningún modo que Federico se moleste y soporte el riguroso frío que provoca la nieve. Además, el trabajo ya está casi hecho, y no queda otro recurso, para reemprender la marcha, que esperar la nueva aurora.

El gesto como de desdén de Federico para con ella, causó honda pena y despecho a Lucía, pero tal era su bondad, fué encalmándose, y cuando aquél regresó al refugio, el cansancio de la jornada había entornado los párpados de sus bellos ojos azules...

Federico, al contemplarla, con admiración, tendida en un lecho de paja, tuvo vehementes deseos de besarla... pero en tan crítico momento recordó que su deber se lo vedaba.

—Sólo a ti te la confío—le había dicho Enrique.

Y, triste, muy triste, Federico no durmió aquella noche, para velar el sueño de la mujer que era toda su ilusión, toda su vida...

Amaneció.

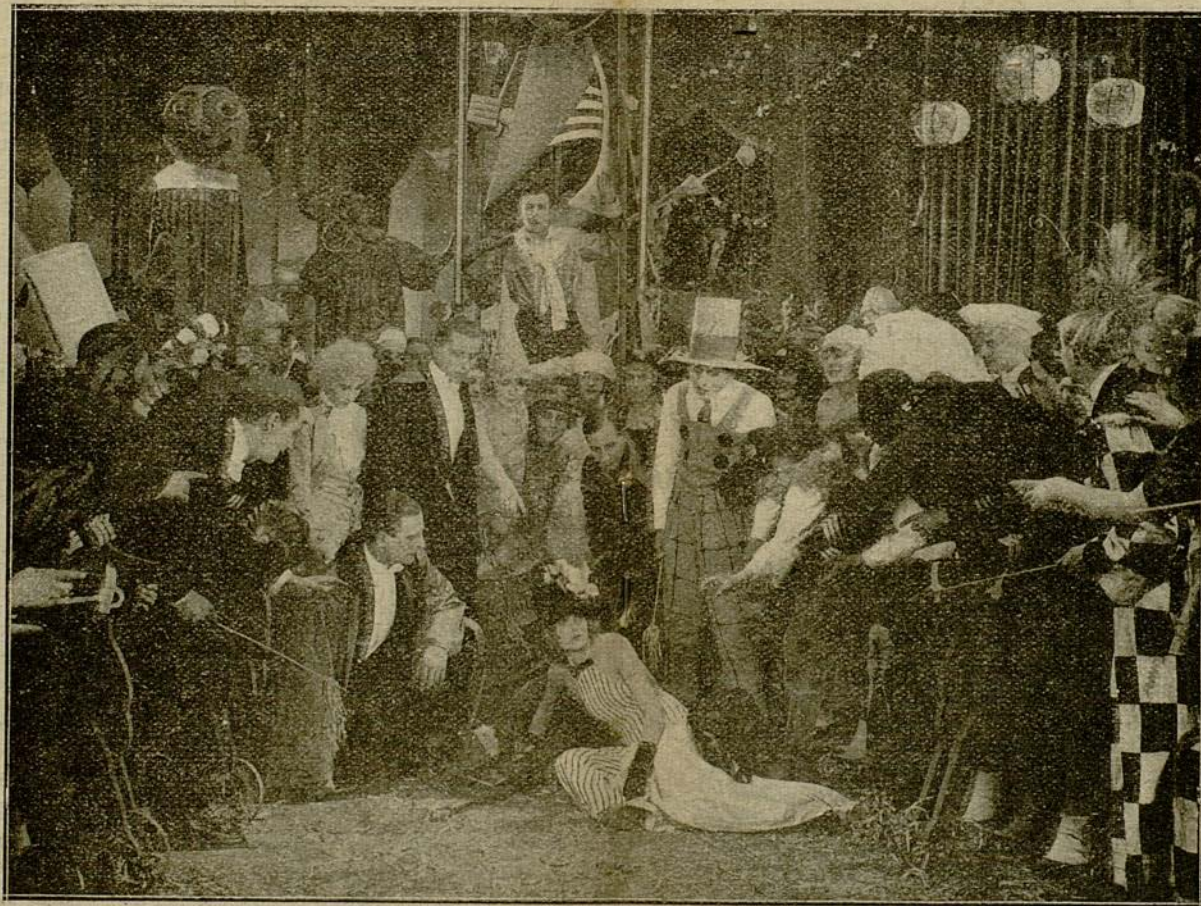
Lucía había descansado como en un lecho de plumas, ¡más que desconcertante fué su amanecer!

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritó apenas abrió los ojos.

—¿Qué pasa, qué pasa?—inquirió presuroso Federico.

—¡Allí! ¡Allí! ¡Unos ratones!... — dijo Lucía, muy asustada.

Buscando protección, Lucía habíase abandonado



*Acosada por sus enojadas rivales, Lucía se cae en el salón, ayudándola a levantarse Federico.*

en los brazos de Federico, y por un momento éste estuvo en trance de romper con todo lo que no se refiriera a su amor por ella, para revelar en absoluto su gran pasión, mas la llegada del chófer lo devolvió a la forzada realidad.

—El auto está ya en condiciones y el sol sube. Cuando los señores quieran continuar...

Lucía hizo un mohín de desagrado, y el viaje se reanudó. Y aunque su término era la consagración de la humana vanidad, los viajeros hubieran deseado que no se terminase nunca.

## IV

## EL CONCURSO

En Londres.

En el octavo piso de una casa cercana a *Piccadilly Street*, mal vivía Roberto Gray, un optimista compañero de Mario Sarlo, solterón realcitrante, a quien los azares de su arte lo habían lanzado tiempos antes sobre Roma.

Mario, viajando en mixtos, ha llegado a Londres con anticipación a su hermana y Federico—que aun no están en él—, y visita, para pedirle aposento, a su amigo, a quien sorprende agradablemente.

—Llegó, querido Roberto, el momento de las compensaciones. Vengo a Londres con motivo del concurso de belleza, y necesito que me acojas en tu casa durante unos días.

—Tuyo es mi desván... Pero eso del concurso me ha éonmovido. ¡Competencia de belleza! ¡Presen-

tación de mujeres en masa! ¡Chico, eso no me lo pierdo yo!

—Para entrar en el local se exige traje de etiqueta. ¿Tienes frac?

—Yo no. ¿Y tú?

—Alquilaré uno.

—Pues yo, ahora que me acuerdo, tengo una levita y empalmándome un par de puños en sentido horizontal desde su cierre encima del vientre, verás tú indumento para una recepción palatina. Los puños simulan el chaleco blanco de gala.

El día del concurso ha llegado al fin.

Un letrero luminoso y azul, que se enciende y se apaga alternativamente, anuncia el mismo.

GRAN PREMIO A LA MUJER MÁS BONITA  
DEL MUNDO

Nunca sedujo de igual manera el espectáculo más atrayente. Toda la sociedad de las grandes solemnidades se congregó en el suntuoso Palacio de Cristal.

Roberto y Mario no faltaron; aquél vestido a su manera para salir del paso, y el segundo, muy elegante de frac, sin que se notara que procedía de alquiler.

Roberto explora el terreno.

—Oye, tú. A juzgar por los preparativos que ahí hacen, el concurso va a comenzar. ¿No te parece que debiéramos ocupar un sitio estratégico?—le dice a Mario:

—Aquí estamos bien. Tenemos al frente el escenario.

—De acuerdo. Detrás de estas mesas, ocupadas por elegantes, distinguiremos los menores detalles.

Pero lo que más parecía atraer a Roberto eran unas copas de champaña de marca al alcance de su mano.

Un movimiento de expectación cundió de pronto por la sala. Los heraldos precursores del concurso habían hecho su aparición en la escena.

Principió el espectáculo con la presentación de las tres mujeres más hermosas de Alemania.

La selecta concurrencia aplaudió complacida.

Roberto alarga el brazo y se apodera de una copa de champaña, se la bebe hasta el fondo, al tiempo que exclama por lo bajo:

—¡Bravo! ¡Muy bien! ¡A la salud de Alemania!

—Pero, hombre, ¿qué haces con esa copa? ¡A ver si nos echan!

—No me di cuenta, chico... Pero esta gente parece tan amable... ¿A quién miras con tal insistencia?

—Aquél es el señor Garrick, uno de los banqueros de esta capital. Le debo muchas atenciones. La que coquetea con él es Lillian, una pícara que también coquetea conmigo. Ya me extrañaba a mí que fuera la institutriz de su hijito. Lo que esa busca bien lo veo ahora. ¡Merecía que la desemmascarase! Lo voy a hacer ahora mismo.

—¡Quieto! No te comprometas. Ya tendrás ocasión de verla en otra parte, y entonces le arreglas la cuenta.

—Es que yo he llegado a quererla, y ¡maldita sea!...

—¡Prudencia! El espectáculo prosigue.

Por turno y con intervalos regulares, aparecen en escena las bellezas femeninas representativas de los Estados-Unidos, Inglaterra, España y Fran-



... La que coquetea con él es Lillian...

cia.

Los espectadores elogian de continuo el buen gusto puesto de manifiesto en todo el concurso.

Las *toilettes* son espléndidas, y las mujeres ideales bajo todos los conceptos.

Entusiasmado con tanto derroche de niñas bonitas, Roberto birla dos copas más de champaña y

no queda en ellas ni gota de líquido.

—Haz el favor de tener cordura o me separo de ti por el resto de la velada—le objetó Mario.

—Es que no me doy cuenta.

—Librate de la tentación apartándote de las mesas. Y vigila más tus puños “empalmados”, que se echa de ver la “combina” que has hecho.

—De gusto *se me salen* del vientre.

Horas antes habían llegado a Londres, y en aquel momento frente al Palacio de Cristal, los que en su afán de acortar distancias, consiguieran alargar el tiempo.

—¿Han empezado ya?—preguntó Federico al conserje.

—Como que ya están casi al final — responde aquél.

Entran en el local, apresuradamente, Federico y Lucía, y en el pasillo que conduce al escenario, el periodista se despide de ella.

—Esa empleada la acompañará a un cuarto donde podrá usted ataviarse con el vestido que telegráficamente le he hecho preparar. Siga usted las instrucciones que le dé el director artístico. Entretanto yo voy a disculpar mi tardanza ante el Jurado.

—¿Insiste usted aún en que debo presentarme al concurso?

—Sí, Lucía. Pero necesito sincerarme con usted... antes de ver al señor Garrick.

—¿Qué quiere usted decirme, Federico?

—¿Promete usted esperarme aquí después del concurso?

—Sí, Federico... le esperaré.

Y ambos jóvenes se separan con melancolía.

Momentos después, aparecen en escena dos mujeres de Italia, una de ellas Lilian.



—¿Qué quiere usted decirme, Federico?

La extrañeza y la decepción se apoderan del público al ver el puesto central—o principal—vacío.

¿No ha llegado a tiempo o le ha sucedido algo a la tercera belleza italiana?

Enrique no acierta a explicarse la ausencia de Lucía.

Mario, presa de intranquilidad, tampoco puede dar con el motivo de aquélla.

Mas pronto se inicia la reacción. Por la escalinata de lujo aparece entre dos hileras de haca-



*Lucía estaba deslumbradora.*

nos, la encantadora Lucía. Se han seguido al pie de la letra las órdenes dadas por Federico.

Lucía estaba deslumbradora. Jamás admiraron tantos ojos un conjunto armónico más bellamente sugestivo.

Enrique, ufano y satisfecho, ofrécele su brazo, y

la conduce al escenario atravesando la sala donde se halla la concurrencia.

Y el lugar vacante fué dignamente ocupado, a despecho de la envidiosa Lillian.

Arreciaron los aplausos de los espectadores, entre los cuales se contaban Enrique y Federico.

—¡Hola, primo!—saludó éste al banquero, al reunirse con él.

—¡Hola, Federico! Temí que no hubieseis llegado. Pero ¿qué os ha pasado?

—Ya hablaremos luego. ¿Estás contento de tu bella pretendida?

—¡Oh, chico, es divina, cada vez más divina! Anso decirle lo que tú sabes después de esta fiesta. Indudablemente ella ganará el premio, ¿no te parece?

—Nadie lo merece como ella.

Por tres veces intentó Federico decirle a Enrique que había cumplido fielmente su palabra, pero que él amaba a Lucía y que ésta de seguro le correspondía. Mas otras tantas veces no pudo causar a su primo el dolor del desengaño.

Cruel sería éste a juzgar por las demostraciones de júbilo que le hacía Enrique.

El apoteosis resultó imponentísimo, y entre todas, destacó Lucía como la mujer más bonita del mundo.

Momentos después, Lillian, allá en la soledad de uno de los saloncillos del Palacio, contenía a duras penas el furor que le provocara la envidia.

Lucía estaba con ella, a instancia suya.

—Estoy admirada de lo bien que representa us-

ted la comedia en que la ha instruído el señor Holme.

—¿A qué comedia se refiere usted?

—Nunca creí que usted pudiera traicionarme. ¿Por qué no le hace usted caso a Federico que sin duda está enamorado de usted?



*El apotcosis resultó imponentísimo...*

—¡Basta, señorita! No sé por qué me habla usted así.

—¡Casarse usted con Enrique Garrick! No creía que sus ilusiones la hubiesen podido llevar hasta este punto.

—Me hace usted mucho daño con sus palabras, señorita, y mi conciencia nada puede reprocharme,

—El llanto es un buen recurso para engañar a los hombres, pero no sirve para nosotras. Conque, ¡váyase con cuidado!

Mario y Roberto han sorprendido la escena entre las dos mujeres ocultos detrás de unos cortinajes, y el primero se disponía a salir en defensa de su



—¿Por qué no le hace usted caso a Federico que sin duda está enamorado de usted?

hermana, cuando por otra puerta dos miembros del Jurado se presentaban ante Lucía para comunicarle el resultado del concurso.

—Señorita, el Jurado ha decidido por aclamación conceder a usted el primer premio. ¿Quiere usted tener la bondad de seguirnos?

Lucía, toda a su dolor, no hizo el menor caso de la honrosa distinción de que era objeto, y se alejó con aquéllos señores sin saber a dónde iba ni suponiéndolo siquiera.

Entonces Mario, loco de celos, tomó por su cuenta, vigilado por Roberto, a Lillian, presa de despecho.

—¿Por qué te muestras tan amable con el señor Garrick? ¿No sabes, ilusa, que lo que quiere tu banquero es que seas su amiga, no su esposa?

—Cada una de tus palabras es una mentira y una villanía.

—Es que yo te quiero de otra manera que te quiere Garrick.

—Te conozco demasiado... y no me sirves. ¿Con qué dinero puedes pagar mis trajes? ¿Con el que te proporcionen las buenas relaciones que desde ahora tendrá la que me he enterado es tu hermana?

—¡Maldita! ¡Lengua de víbora!

Sin que Roberto pueda impedirlo, Mario se abalanza a Lillian para sacudirla por sus calumniosas palabras, pero ésta le clava en la espalda una aguja de extraordinarias proporciones, cual un estilete, gritando desaforadamente que acudan en su auxilio.

Roberto evita a Mario desplomarse al suelo, recibiendo su cuerpo en sus brazos, y, para evitar el escándalo, le ayuda a huir con él del local hacia su estudio.

A los gritos de Lillian acuden empleados y concurrentes del Palacio, ante quienes la mala pécora exclama:

—¡Un canalla que ha huído me ha agredido cobardemente!

Lucía, en tanto, con el corazón angustiado por el dolor, se exhibía a las miradas ávidas de su belleza, como reina y triunfadora de la gran prueba.

Federico probó una vez más de confesar a Enrique la verdad, mas no tuvo valor de hacerlo ante el convencimiento de lo dichoso que su primo se sentía con la esperanza de que Lucía aceptaría ser su esposa.

Ella vió a los dos hombres juntos; la alegría de Enrique y la tristeza de Federico.

Vió también como éste se marchaba de la sala, y no pudo resistir más la pobre muchacha. La conducta de Federico era inexplicable. ¿No la quería? ¿Tenía acaso algún compromiso con otra mujer? Lo cierto era que Federico jamás había dado a Lucía motivo para que ésta se forjara realizables ilusiones respecto a él. Tan acerba era su pena, que a los respetos sociales que el momento le imponía, venció la honda y punzadora amargura.

El lindo cuerpo cayó desvanecido.

## V

### LA CIUDAD DE LA NIEBLA

Lucía fué llevada con todo género de cuidados a una de las habitaciones del Palacio de Cristal, donde, en presencia de Enrique, se la auxilió con el mayor esmero e interés.

Numerosos empleados y distinguidas personas es-



tuvieron presentes ante ella, hasta que Enrique los invitó a todos a salir de la habitación, dando él el ejemplo, después de encargar a una empleada:

—Cuide de que nada le falte. Yo no tardaré en volver con mi doctor.

Cuando Lucía recobra el sentido, esa empleada



*Lucía fué llevada con todo género de cuidados a una de las habitaciones del Palacio de Cristal...*

le entrega, de parte de Federico, la siguiente carta:

*Señorita Lucía Sarlo.*

*Mi buena amiga:*

*En este momento me llaman de mi redacción para un asunto urgente. Por esta razón sólo*

*puedo decirte por escrito, lo mucho que me ha alegrado su éxito... y la buena suerte que le deseo para su vida futura.*

*Afectuosamente*

*Federico Holme.*

Al momento quiere Lucía salir a la calle dispuesta a ir al encuentro de Federico para que sea sincero con ella, y gracias a la complicidad de la empleada cambia de traje y huye.

Pero al salir del local, Lucía es detenida por Roberto, el amigo de su hermano, quien la enteró de lo sucedido a Mario.

—Vengo a decirle que su hermano está indispuerto... en mi casa... y que convendría que usted viniese...

—Pero, ¿cómo ha sido eso? ¡Vamos corriendo!

En llegando al estudio del viejo pintor, Lucía ve a Mario en manos de un médico amigo de aquél.

Con la consiguiente emoción, Lucía se acerca al herido y le prodiga frases de consuelo.

—¡Mal asunto! Si la herida no cicatriza pronto, me temo complicaciones...—rumorea en tanto el médico a Roberto.

Días después, cuando Enrique se mostraba preocupado por desconocer el paradero de Lucía, recibe la visita de su primo Federico.

—Es indudable, querido Federico, que Lucía y su hermano, están aún en Londres; pero, ¿por qué se ocultan de mí?

—Si pudiera saberse lo que pasó realmente entre Lillian y Mario, en el Palacio de Cristal, tal

vez se descubriese el enigma. Yo dudo sea verdad—como ella dice—que Mario la agrediese.

—Creo tener cierta influencia sobre Lillian, y voy a pedirle que venga a verme, y yo me las ingeniaré para que confiese la verdad.

El accidente de Mario requería cuidados; los cui-



*...Lucia se acerca la herido y le prodiga frases de consuelo.*

dados, dinero; y el dinero... lo conseguía trabajosamente Lucía, con su pintoresco y gracioso arte de los muñecos.

Aquel día, Mario llama a su lado a Roberto, y se lamenta de su desgracia,

—Me encuentro mal, querido Roberto, y no lo siento por mí, no; sino por mi hermana.

A lo cual replica el bohemio:

—¿Por qué no escribes al señor Garrick o al señor Holme, ya que Lucía no ha querido ni reclamar el importe del premio temerosa de que a la



*...y el dinero... lo conseguía trabajosamente Lucía...*

poljía le interese saber tu paradero en virtud de la falsa acusación que ha lanzado sobre ti esa coqueta sin sentido común? Ellos, seguramente, no os abandonarán. Mas no le digas a Lucía ni una sola palabra de esto. ¡Si te parece bien me brindo a ser tu emisario!

—Como quieras, mi buen Roberto. Pon, si puedes, mi asunto en claro.

—Lo haré, y me creerán, Mario, no lo dudes.

Lilian se hallaba a solas con el banquero, cuando un criado de éste vino a anunciarle:

—Un caballero grueso y bajito pregunta por el señor.

—Que pase. Disimule usted un momento, señorita Mervil. Recibiré aquí mismo esa visita.

El anunciado era Roberto.

—Vengo en nombre de mi amigo Mario Sarlo. El pobre se halla herido, y teme que si la indisposición se alarga, sufra su hermana las consecuencias—entera al banquero. Y añade, al reconocer en este momento a Lilian—: Esa señorita es la culpable de la desgracia de mi amigo. Me consta que ha jugado con él inicua mente. A su conducta ligera ha sido debido lo que pasó en el Palacio de Cristal.

—Gracias, señor, por estas noticias, que tienen para mí un valor incalculable. Iré en seguida a ver a mi amigo Mario, y tanto su hermana como él, de nada habrán de carecer. ¿Quiere usted darme las señas de la casa?

—Estas son.

Lilian, cegada por la cólera, quiso refutar las declaraciones de Roberto, mas Enrique no le permitió que hablase:

—Señorita Mervil, después de esta aclaración no creo que tengamos que hablar más.

Y retirándole el trato le cerró la puerta de su casa.

A la media hora estaban en el estudio de Roberto, el banquero y su médico de cabecera.

Este reconoce al enfermo y le alienta con su opinión, que es favorable.

—¡Perfectamente! Esta tarde llevarán a usted a mi sanatorio, y puedo asegurarle que en pocas semanas logrará su completa curación.

Lucía, que estaba ausente, llega en este momento, y Enrique le estrecha cariñosamente las manos.

—¿Cómo ha descubierto el banquero su escondrijo?—pregúntase Lucía.

—Tranquílese, su hermano estará pronto en franca convalecencia—le anuncia Enrique. Y dice más—: Cuando Mario esté en condiciones, volveremos todos a Italia. El sol de Nápoles le acabará de reponer por completo. Ha hecho mal en esconderse Mario, y usted con él, y más no siendo él culpable. He logrado saber toda la verdad de labios de la señorita Lilian.

¿Por qué no está allí, con su primo, Federico?—busca saber Lucía.

Mas, contrastando con este pensamiento, Enrique le murmura:

—¡Lucía! ¡Mi buena Lucía! ¿Quiere usted ser mi eterna compañera?

Ella no sabe lo que debe contestar. Pero la petición ha sido formulada con tal dulzura, y el banquero es tan noble, que, tal vez inconscientemente, Lucía hace un movimiento de cabeza afirmativo.

Y Enrique se lo agradece en el alma.

Roberto cumplió como bueno. A la casa de Federico Holme había también llegado la solícita ac-

tividad del simpático bohemio. Como aquél estaba ausente, dejárale la siguiente carta:

*Mi amigo Mario Sarlo, que se halla en cama desde hace días, ruega a V. por mi conducto, haga el favor de visitarlo.*

*Sabrán agradecerlo él y su atto. s. s.*

*q. e. s. m.*

*Roberto Gray.*

*s/c Balton Street, 14-piso 6.º (no hay ascensor).*

Le faltó tiempo a Federico para acudir al estudio donde se cobijaba la mujer que era toda su vida.

—¡Por fin!... ¡Por fin te he encontrado! He necesitado pasar estos días de terrible angustia para darme cuenta de que sin ti no puedo vivir—dícele a Lucía apenas la ve.

Afligese la muchacha y mira a los ojos a su adorado en silencio.

—¿Por qué no me dijiste eso antes?... Hoy, estoy ya comprometida con Enrique Garrick.

—Nada te dije hasta ahora, Lucía de mi corazón, porque Enrique me confió tu guarda; pero mi primo es hombre razonable, y al saber que nos... amamos, comprenderá mi sacrificio y te devolverá la palabra. Sí, Lucía. Aunque por dignidad lo niegues, yo sé que tu corazón es mío.

Y una nueva nube de amargura cayó sobre el corazón de Lucía.

Firme en su propósito de sincerarse con Enrique,

llegó Federico a su casa, pero una vez en ella, vaciló.

Baby, al verle, se arrojó en sus brazos, diciéndole:



—Nada te dije hasta ahora, Lucía de mi corazón, porque Enrique me confió tu guarda...

—Tío Federico, papá me ha dicho que voy a tener otra mamá muy guapa.

Además de esto, el propio Enrique, estrechándo-

le efusivamente las manos, le hace partícipe de su ventura:

—¡Federico! ¡Querido Federico! Sólo ahora comprendo lo que es ser feliz. La bondadosa Lucía me ha dado esta dicha...

Nuevamente el periodista se sacrifica. No puede por menos de hacerlo.

—Eres acreedor a tanto bienestar... Nadie, como tú, tiene mejor derecho a ella... ¡Que tu felicidad sea eterna, Enrique!—murmura.

Y el banquero ve a su primo alejarse de su casa lenta y gravemente... y no deja de extrañarle su preocupación.

## VI

### EL VESUBIO

Una "villa" cercana al Vesubio fué el lugar elegido por Enrique para la convalecencia de Mario y residencia temporal suya y de Baby.

No hay ni que decir que Lucía era el alma de aquella agrupación. Pero, con el fin de salvar su situación con decoro, poniéndose al margen de las habladurías, llevaba la grata misión que meses antes desempeñaba Lillian Mervil.

Mario había encontrado en los alrededores una medicina completa para sus males: aire, sol... y un poquito de amor sincero.

La vida transcurría en la "villa" tranquila y feliz. Baby sobre todo había encontrado en Lucía una segunda madre.

Un día, jugando, el niño rompe la taza que Lucía guardaba como recuerdo de Federico, y ésta recoge emocionada los pedazos.

—No te enfades conmigo. Papá comprará otra—dícele Baby.

Enrique acude a enterarse de lo que ha ocurrido.

—Baby ha roto sin querer esta taza.

Y Lucía desata su pena en amargo llanto.

La escena es incomparablemente sentimental.

Enrique, repentinamente, recuerda que Federico regaló a su futura esposa cuatro tazas como la rota, y respeta, sin celos ni reproche, el dolor de Lucía.

En tan crítico momento llegó a la "villa" un inesperado visitante: Federico.

—No te extrañe esta repentina llegada...—dícele a su primo—. Vengo a pedirte que interpongas tu influencia para que me designen como corresponsal de la expedición al Congo.

—¿De modo que estás decidido a abandonarnos, Federico? Supongo que no ignorarás los riesgos de esa expedición, que sabes el peligro que corres.

—Con todo, estoy dispuesto a partir.

—Puesto que así lo deseas, y eres dueño de tu vida, esta tarde escribiré recomendándote, en la seguridad de que aceptarán tus servicios.

—Gracias, Enrique... y adiós. Te deseo mucha felicidad.

—Lo mismo te digo, Federico... Si quieres despedirte de Lucía, la tendrás en las habitaciones de abajo que son las que ocupa con su hermano.

El periodista buscó y encontró a la mujer que amaba y no podía amar.

Ella estremeci6se toda al verle.

—Me voy para un largo viaje... Que encuentre usted durante mi ausencia, la felicidad que yo también pretendo encontrar —pronuncia con trémolos



—*Me voy para un largo viaje...*

en la voz—. Enrique es muy bueno... y él sabrá hacerla feliz.

Desde una ventana, el banquero presenciaba la escena de la despedida de su primo y Lucía, que fué como el verdadero principio de la revelación de un enigma. ¿Se amaban?

Poco después, en el salón, sentada Lucía al pia-

no, sus ojos la traicionaron. Y sus lágrimas rasgaron por completo a Enrique el velo que envolvía aquel enigma. Se amaban.

Preocupado y triste, buscó el desengañado banquero su consuelo en la soledad de la naturaleza.

De pronto, un espectáculo terriblemente sublime se ofreció a su vista errante: la erupción del Vesubio.

Las corrientes de lava, avanzaban devastadoras, por las lomas de la montaña.

Volvióse Enrique hacia su casa y la vió ardiendo.

—¡Mi hijo!—clamó con espanto.

El terrible fenómeno geológico había cortado el camino a Federico, quien, acordándose de la suerte que pudieran correr los de la "villa", volvió prontamente en ligero coche para prestarles su auxilio.

Para salvar rápidamente las distancias, sacrificó Federico el coche y temerariamente se lanzó por peligrosos atajos al ver cómo ardía la casa de sus amigos y de su amor.

Lucía, desafiando a la muerte, penetró en la casa en llamas, y haciéndose insensible a las quemaduras salvó a Baby, pero en el momento de iniciar la salida, el sobrehumano esfuerzo realizado le hace perder el sentido y cae al suelo a merced del fuego con el niño.

Enrique grita enloquecido que salven a su hijo y a Lucía, y por más que él intenta hacerlo, no se atreve a desafiar al cruel elemento.

Federico, al enterarse, apenas llegado, del peligro que corren aquellos dos seres, no calcula la

gravedad de su gesto, y con gran peligro de su vida los salva a tiempo.

Enrique vuelve a la vida al sentir cerca de sí a su hijo y a Lucía.

Mas también él, si no tan valeroso, tiene un rasgo trascendental: entrega a Lucía a Federico, abrazándose éstos arrebatadamente.

—Recuerdo, Federico—dice Enrique—, que tú me dijiste una vez: la que tiene mejor corazón y mejor alma, esa es la mujer más bonita del mundo.

—Sí, Enrique.

—Hoy debo yo añadir: El que tiene un buen corazón y mejor alma, ese es el hombre digno de esa mujer. Lucía y tú sois tal para cual. Perdonadme si involuntariamente os he hecho sufrir.

Al terminar su noble acción, unas lágrimas rodaron por las mejillas de Enrique. Serían de alegría por el bien que él hacía, porque su corazón se aliviaba.

En el afecto de Baby encontró Enrique olvido.

Mario, restablecido, no perdía el tiempo con su gentil novia...

Roberto, el pintor veterano, vivía mejor gracias al regalo de unos cientos de dólares que Lucía le hizo, cuando cobró el premio del concurso de belleza.

Y Federico y Lucía, enamoradísimos uno de otro, casáronse al llegar la Primavera.

En cuanto a Lillian, mejor es no hablar de ella.

Y aquí termina la novela.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La interesante novela

# LABIOS ROJOS

Creación de los eminentes artistas:

VIOLA DANA

y

TOM MOORE

Selección «GALLO DE ORO» del  
Programa VILASECA Y LEDESMA,  
S. A.

Postal-fotografía-regalo:

THEODORE ROBERTS

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles.

Precio: 25 céntimos

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

### Números publicados

1. No hay juegos con el amor, 6 edic. 2. El Valle Florido, 3 edic. 3. Amor de madre, 5 edic. 4. La Virgen de las Rosas, 3 edic. 5. La culpa ajena, 3 edic. 6. De hombre a hombre, 3 edic. 7. Una mujer, 3 edic. 8. Pesadillas y supersticiones, (extra), 3 edic. 9. Desinterés, 3 edic. 10. El Hábito, 3 edic. 11. Jimmy Sansom, 3 edic. 12. La primera novia, 3 edic. 13. El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada), 3 edic. 14. El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada), 3 edic. 15. La Tormenta, 3 edic. 16. Flor de amor, 3 edic. 17. La Pantera Negra, 3 edic. 18. Bajo dos banderas, 3 edic. 19. Corazón de lobo, 3 edic. 20. Sueños juveniles, 3 edic. 21. El mundo y la mujer, 3 edic. 22. Corazones humanos 3 edic. 23. El premio gordo, 3 edic. 24. La desconocida, 3 edic. 25. Robín de los bosques (extra), 3 edic. 26. La Verdad Desnuda, 3 edic. 27. El octavo no mentir, 3 edic. 28. Cleo la francesita, 3 edic. 29. La hija del pasado, 3 edic. 30. La chica del taxi, 3 edic. 31. La hija de los traperos, 3 edic. 32. El príncipe escultor, 3 edic. 33. Llovido del cielo, 3 edic. 34. Mujeres frívolas, 3 edic. 35. Al calor del hogar, 3 edic. 36. Sapho, 3 edic. 37. Directo de París, 3 edic. 38. Lo que vale una mujer, 3 edic. 39. El Valle de los Gigantes, 3 edic. 40. La sombra del padre, 3 edic. 41. Madame Morland (extra), 3 edic. 42. Un juego peligroso 43. De mal agüero. 44. Veintitrés horas y media de permiso, 3 edic. 45. El delincuente. 46. La hija del Arrabal. 47. El rancho del oro, 3 edic. 48. El falsario. 49. De los confines del silencioso Norte. 50. Entre hielos. 51. La Rosa de Nueva York (extra), 2 edic. 52. El precio de la belleza. 53. Contra viento y marea, 2 edic. 54. No me olvides, 2 edic. 55. En los jardines de Murcia (María del Carmen). 56. Sacrificio de amor. 57. Eugenia Grandet, 2 edic. 58. La Bohème (extra) 3 edic. 59. ¡Pobre Violeta! 60. Realidades de la vida, 61. ¡Estaba escrito! 62. Las dos huérfanas, 4 edic. 63. El pescador de perlas. 64. La sin ventura (extra) 3 edic. NÚMERO ALMANAQUE. 65. La pequeña parroquia. 66. Frou-Frou. 67. La

Famosa señora de Pair. 68. La apuesta sensacional. 69. El Secreto del Polichinela (extra). 70. La Quinta Avenida. 71. El duodécimo mandamiento. 72. Maruxa. 73. La hija del Nuevo Rico 74. ¿Por qué cambiar de esposa? (extra). 75. Relámpago. 76. La Dolores. 77. Como la arena. 78. La cuna vacía. 79. El encanto de Nueva York. 80. Borrascoso amanecer (extra). 81. Rosario la Cortijera. 82. La pelícala sin título. 83. Una mujer como otra cualquiera. 84. Todos los hermanos fueron valientes. 85. La batalla (extra). 86. Espejos del Alma. 87. Gloria fatal. 88. Lo que las esposas quieren. ESPECIAL DEDICADO A POLO. 89. Una novia para dos. ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS. 90. El muchacho de París. 91. Las sentencias del Destino, (extra). 92. Redención. 93. Alma de Dios. 94. La señorita del pelo corto. 95. Las hijas de los hombres ricos. 96. El novelista y su esposa (extra). 97. La puerta cerrada. 98. Una pobre maniquí. 99. A todo trance. 100. ¿Por qué tanta prisa? 101. La Casa en la Selva (extra). 102. La princesa Demidoff. Tierra Baja (ESPECIAL DEDICADO A ANGEL GUIMERA). 103. En busca de la felicidad. 104. El buen camino. 105. Amor de árabe. 106. El puñao de rosas. 107. El Milagro (extra). 108. Risas y lágrimas. 109. El Nido de Amor. 110. La venganza de una hermosa. 111. Juez de sí mismo. 112. El caballero sin tacha (extra). 113. I Pagliacci. 114. La isla maldita. 115. Domador por amor. 116. Fruta prohibida. 117. Veredicto de inculpabilidad. (extra). 118. Calvario de amor. El Ladrón de Bagdad (ESPECIAL). 119. El arte de ser distinguida y encantadora. 120. La dama de las Camelias. 121. El Murciélago. 122. El sargento O'Malley. 123. Respetad a la mujer, (extra.) 124. La muñequita de Francia. 125. El amigo de su marido. 126. Lo que toda mujer sabe. 127. El capricho de una dama. 128. Cancion de amor. (extra). 129. La mariposa que se quemó las alas. 130. Pecado de juventud. 131. Scaramouche. 132. Siempre audaz. 133. El hijo de Flandes. 134. Sombras que pasan. (extra). 135. Una flor del camjino. 136. La Carta. 137. La Caravana del Oregón. 138. La danzarina del Nilo. 139. La mujer más bonita del mundo (extra.)

### Postal-fotografía:

1. Douglas Fairbanks. 2. Mary Pickford. 3. Charles Chaplin. 4. Perla Blanca. 5. Antonio Moreno. 6. Priscilla Dean. 7. Eddie Polo. 8. Mary-Douglas. 9. Francesca Bertini. 10. Harold Lloyd. 11. Constance Talmadge. 12. Frank Mayo. 13. Marie Prevost



14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margarit Livingson. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, "Snub" Pollard. 65, Bebé Daniels. 66, William Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lillian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomas Meighan. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carminati. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tom Moore. 83, Bessie Love. 84, Wesley Barry. 85, Mme. Robinne. 86, Lon Chaney. 87, Corinne Griffith. 88, Douglas Fairbanks (hijo). Polo (Especial). 86, Anita Stewart. Mary Pickford y Douglas Fairbanks (Especial). 90, Jack Pickford. 91, Italia Almirante Manzini. 92, Douglas Mac-Lean. 93, Mile, Madys. 94, Johnny Jones. 95, Marguerite de la Motte. 96, Morman Kerry. 97, Elinor Fair. 98, William Russell. 99, Patsy Ruth Miller. 100, Emilio Chione. 101, Marie Orborne. 102, Lewis Stone. ANGEL GUMERA (especial). 105, Mildred Harrys. 104, Charles de Roche. 105, Enid Bennet. 106, Buddy Messinger. 107, Lois Wilson. 108, Elliot Dexter. 109, Geraldine Farrar. 110, Gareth Hughes. 111, Katherine MacDonalld. 112, Earle Williams. 113, Ginette Maddie. 114, John Barrymore. 115, Louise Lorraine. 116, Febo Marí. 117, Mae Marsh. 118, Alec B. Francis. Douglas Fairbanks (Especial). 119, Fritzi Ridgeway. 120, George Hackathorne. 121, Alma Bennett. 122, House Peters. 123, Bárbara Bedford. 124, Forrest Stanley. 125, Vera Vergani. 126, Monte Blue. 127, Billie Burke. 128, Jack Holt. 129, Dorothy Phillips. 130, Malcolm Mac-Gregor. 131, Ossi Oswalda. 132, Mahlon Hamilton. 133, Lucy Doraine. 134, Léon Mathot. 135, Arlette Marchal. 136, J. W. Kerrigan. 137, Billie Dove. 138, Lionel Barrymore. 139, Lee Parry.

¿Tiene usted ya

## La Hermana Blanca

el último libro publicado de la Biblioteca

*Los Grandes Filmes*

de LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA?



Titulos de los libros publicados en esta  
BIBLIOTECA

Los hijos de nadie  
El triunfo de la mujer  
El Prisionero de Zenda  
El joven Medardus  
Los enemigos de la mujer  
Una mujer de París  
El corsario  
Para toda la vida  
Cyrano de Bergerac  
De mujer a mujer

